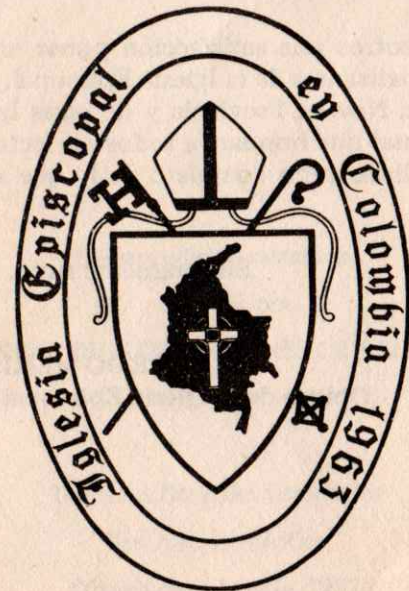


**el camino
anglicano**

EL CAMINO ANGLICANO

*EL ANGLICANISMO, SU HISTORIA
CARACTER Y VOCACION*

Por
RAYMOND NICHOLS



*Edición ordenada por el Ilmo. Bernardo Merino Botero, Obispo
Bogotá, 1982.*

EL CAMINO ANGLICANO

EL ANGLICANISMO EN HISTORIA
CARACTER Y VOCACION

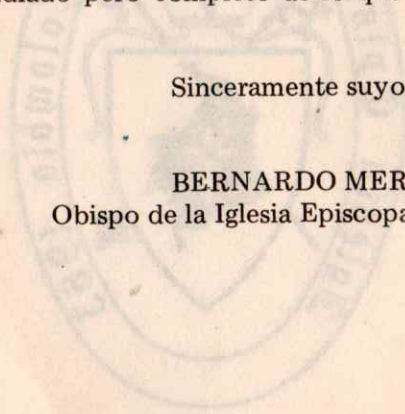
PRESENTACION

La gran demanda que ha tenido el folleto EL CAMINO ANGLICANO de Raymond Nichols, traducido por José Luis Lana, y del cual hizo la diócesis una gran edición, ahora agotada, nos motiva para ordenar una nueva edición, con el ánimo de servir a la Iglesia.

Es para nosotros una satisfacción poner en manos de los miembros y simpatizantes de la Iglesia Episcopal, no sólo de Colombia sino de la Novena Provincia y de otras Iglesias de habla hispana, un manual que brindará a todos sus lectores un conocimiento compendiado pero completo de lo que significa ser un buen Episcopal.

Sinceramente suyo,

BERNARDO MERINO BOTERO
Obispo de la Iglesia Episcopal de Colombia.



Título de la obra original:
"THE ANGLICAN WAY"

Publicado por
S.P.C.K.
Londres

Traductor:
JOSE LUIS LANA

Primera edición castellana
1966, por
CENTRO DE PUBLICACIONES CRISTIANAS

Todos los Derechos Reservados
San José, Costa Rica
Edición en Colombia, 1982.

PROLOGO

Este librito comenzó con tres conferencias, basadas en la obra *Anglicanismo** del Obispo Stephen Neill, y dadas a los clérigos de la Diócesis de Mombasa en 1960. Intenta responder a tres preguntas: ¿Cómo nació la Iglesia Anglicana? ¿Cuál es su carácter esencial? ¿Cuál es su vocación particular dentro de la Iglesia Católica de Cristo? Trata, en otras palabras, de la historia, la naturaleza y la misión de nuestra Iglesia.

He citado libremente la obra del Obispo Neill, y no pretendo otra cosa que estimular el interés por un libro que yo he encontrado valioso y que he recomendado una y otra vez a grupos de estudio. Sería erróneo de mi parte, tratar de dar la impresión de que el uso que hago de este libro se reduce a las citas. Aunque él no debe ser considerado responsable de ello, casi todo cuanto digo aquí se debe a lo que ha escrito el Obispo Stephen Neill.

A otros dos libros hago referencia: *What is Evangelism* (“¿Qué es Evangelismo?”) por Douglas Webster, y *The Coming Great Church* (“La Gran Iglesia Venidera”) por Theodore Wedel; el segundo de estos libros, igualmente, contribuye en buena parte al material, por el que personalmente no pretendo originalidad alguna. Creo que hay una gran necesidad de que los anglicanos sepan más sobre sí mismos, no para atrincherarse en un aislamiento, sino para representar con mayor eficiencia el papel

* Edición castellana por EDICIONES PENINSULA, Madrid, 1966.
Este libro se recomienda al lector serio, y puede comprarse en CPC, Apdo. 2773, San José, Costa Rica. (N. del T.).

encomendado a ellos en esa Iglesia Unida por la que suspiramos y oramos.

Al final de la obra *Anglicanismo* de Stephen Neill encontrarán una lista de las Provincias de la Comunión Anglicana. En dicha lista puede comprobarse que la Iglesia Anglicana es hoy en día una iglesia universal. La Comunión Anglicana fue descrita por la Conferencia de Lambeth de 1930 en estas palabras:

“Una comunión dentro de la Iglesia Una, Santa, Católica, y Apostólica, de aquellas diócesis, provincias o iglesias regionales debidamente constituidas en comunión con la Sede de Cantórbéry, que tienen las siguientes características en común:

- a) Mantienen y propagan la fe y el orden católicos y apostólicos, tal como están generalmente expuestos en el Libro de Oración Común autorizado en sus distintas iglesias;
- b) Son iglesias particulares o nacionales, y— como tales— promueven dentro de cada uno de sus territorios una expresión nacional de la fe, la vida y el culto cristianos.
- c) Están ligadas no por una autoridad legislativa y disciplinaria central, sino por una lealtad mutua por medio del consejo de los obispos reunidos en conferencia”.

Esta comunión significa en la práctica que un anglicano hallará que tiene una iglesia casi en todos los rincones del mundo. En todas las cuestiones esenciales de fe y orden, de vida y culto, es la misma Iglesia.

Raymond Nichols

*Church House
Nairobi*

CAPITULO I

EL ANGLICANISMO: SU HISTORIA

Los comienzos

En primer lugar consideremos cómo nació la Iglesia Anglicana, y remontemos nuestra propia historia, a través de la Iglesia madre de Inglaterra.

La Iglesia Cristiana siguió la difusión del Imperio Romano. Muy bien pudiera ser que algunos soldados romanos (quizás aquellos que en un tiempo fueron guardianes de Pedro o Pablo cuando éstos se hallaban en prisión), vinieran a las costas de Inglaterra y trajeran consigo el Evangelio. En todo caso, está perfectamente claro por las referencias históricas que poseemos, que el cristianismo existía en Bretaña en el siglo II. Hay varias teorías sobre la forma en que llegó a Bretaña; ninguna de estas teorías puede ser probada contundentemente, y cualquiera de ellas podría ser la correcta.

En el año 314, asistieron al Concilio de Arlés tres obispos ingleses; otro Concilio se celebró en el año 359: El Concilio de Rímini; de los 400 obispos asistentes, los británicos fueron los únicos que aceptaron asignaciones para su viaje. Aunque esto aparentemente indica la pobreza de la Iglesia inglesa en aquel tiempo, era una iglesia activa y misionera. Envió misioneros a toda la Bretaña: Iltud fue a Gales en el siglo V, Niniano fue a Escocia en el año 397; Patricio, consagrado obispo en el año 432, fue a Irlanda. En el año 410, las legiones romanas se retiraron de Bretaña y siguieron las incursiones y saqueos de los anglos, los sajones y los jutes. La Iglesia Cristiana no quedó des-

truida completamente, ni recluida a las colinas o al Oeste de Inglaterra.

Fue casi doscientos años más tarde, cuando el Papa Gregorio envió a Agustín a las costas de Inglaterra. Con frecuencia se oye decir que la Iglesia comenzó con Agustín; mas debemos tener presente que la Iglesia estaba allí dos siglos antes de que él llegara. Agustín desembarcó con cuarenta monjes el día de la Pascua del año 597. Se le concedió un lugar donde vivir, alojamiento para sus monjes, y recibió permiso para reparar algunas viejas iglesias que se habían desmoronado durante la invasión de los anglos, los sajones y los jutes. Agustín halló que Berta, la esposa del Rey Etelberto, era una cristiana bautizada. Poco después de su llegada, Etelberto mismo fue bautizado y muchos de sus vasallos le siguieron. Agustín fue consagrado Arzobispo de Inglaterra, aunque realmente jamás fue reconocido por los obispos británicos. Con su consagración, la Iglesia de Inglaterra dejó de ser un área misionera aislada, y la Iglesia Católica de Cristo fue fundada y reconocida en Bretaña. La Iglesia en Cantórbery fue reconstruida y dedicada al "Santo Salvador Jesucristo nuestro Dios y nuestro Señor". La sede episcopal fue establecida en Cantórbery y quedaron formadas dos provincias: York y Londres. Sólo más tarde nació la Provincia de Cantórbery.

Los fundamentos

Agustín no consiguió ganarse la confianza de los obispos británicos, aunque el Papa Gregorio le había escrito una carta en la que le aconsejaba no imponer a la recién fundada Iglesia de los ingleses todos los usos y costumbres con los que se había familiarizado en Roma. "Pues las cosas no deben ser amadas por causa de los lugares, sino los lugares por causa de las cosas. Escoge, pues, de cada iglesia aquellas cosas que son piadosas y justas, y cuando las hayas fundido, por así decirlo, en un solo cuerpo, que la mente de los ingleses se acostumbre en adelante". Un consejo muy sabio a una expedición misionera en una zona completamente nueva. Agustín no pudo percatarse de que la Iglesia inglesa tenía ya una vida propia, una tradición y una dignidad suyas; su entrada en escena nos recuerda inmediatamente la tensión que es una parte esencial del Anglicanismo y que

nunca debemos evitar, si hemos de ser fieles a nuestra herencia.

En la misión de San Agustín vemos el poder de Roma con su disciplina, su ceremonial y su organización, entrando en una iglesia rural pobre y sencilla con una fuerte visión misionera. De esta forma se fundió el cristianismo céltico y romano, desde el mismo comienzo de nuestra herencia anglicana. Es evidente que en este tiempo en la mente de los hombres no cabía el concepto de "iglesias" al que estamos acostumbrados hoy día.

Stephen Neill dice: "En aquel tiempo, todo cristiano en Occidente creía que sólo había una Iglesia, y que él formaba parte de dicha Iglesia. . . En todo caso, la idea de que una iglesia local pudiera ser completamente independiente de la única Iglesia, de que pudiera existir por sí misma sin mantener comunión con todas las demás iglesias en el mundo, no había amanecido aún en la mente de ningún cristiano en Occidente".

Había una conciencia muy real de ser uno con, y formar parte de la gran Iglesia de Cristo. En la providencia de Dios, nuestra Iglesia creció en medio de esta fusión del celo céltico y la disciplina romana; y nos atrevemos a pensar que estos dos elementos todavía se encuentran en nuestra Iglesia hoy día. En el año 663 se celebró el primer sínodo de Whitby; y allí se acordó que la Iglesia en Inglaterra aceptaría las costumbres de la Iglesia occidental y permitiría que ciertas características especiales del cristianismo céltico fueran absorbidas en la vida de la Iglesia en su totalidad. Uno de los principales personajes del período fue Wilfred de Ripon. Aunque no parece haber sido un carácter muy simpático, fue el único que consiguió esta fusión entre el cristianismo céltico en Inglaterra y la misión de Roma. Entonces siguió el Concilio de Hertford en el año 673, el primer Sínodo Nacional de los clérigos ingleses, presidido por Teodoro de Tarso, Arzobispo de Cantórbery desde el año 667 hasta el 690. Hombre de inmensa estatura espiritual y de gran capacidad administrativa, no cabe duda de que Teodoro fue quien puso los cimientos de la Iglesia Británica: Es más, del mismo parlamento inglés. Fue el primer arzobispo que recibió un reconocimiento pleno de los obispos ingleses.

Esto es lo que dijo en aquel primer Sínodo:

"En el nombre de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucris-

to, en el perpetuo reinado y gobierno de nuestro Señor Jesucristo, pareció conveniente que nos reuniéramos de acuerdo con la prescripción de los venerables cánones para tratar de los asuntos necesarios de la Iglesia. Estamos reunidos en este día veinticuatro de setiembre, en un lugar llamado Hertford. Yo, Teodoro, Obispo de la Iglesia de Cantórbery, nombrado para ello, a pesar de mi indignidad, por la Sede Apostólica, junto con nuestros hermanos y compañeros obispos aquí presentes. . . Después de lo cual yo presenté el libro de Cánones y señalé diez pormenores que yo había juzgado ser de una manera especial necesarios para nosotros, y propuse que todos se dispusieran a observarlos diligentemente". Estos cánones pusieron los fundamentos de la vida de la Iglesia Británica.

La corona y la tiara: El Rey y el Papa

Desde este momento hasta el tiempo mismo de la Reforma, 800 años más tarde, hay una larga historia de tensión entre la Iglesia y el Estado, el Rey y el Papa. A veces unos reyes fuertes se opusieron a la autoridad del Papa y en otras, el Rey reconoció las pretensiones papales. Aquí tenemos una carta de Guillermo el Conquistador al Papa Gregorio en el año 1075:

"Guillermo, por la gracia de Dios el renombrado Rey de los Ingleses y Duque de los Normandos, envía saludos de amistad a Gregorio, el más noble Pastor de la Santa Iglesia.

Su legado Hubert vino a mí como representante suyo, Santo Padre, y me ordenó prestar lealtad a Vos y a vuestros sucesores, y rectificar mi decisión sobre el dinero que mis predecesores estaban acostumbrados a enviar a la Iglesia Romana: Asentí a una de estas peticiones, pero no a la otra. Rehusé prestar lealtad, y no lo haré; pues no lo prometí, ni encuentro que mis predecesores os prestaran lealtad. En lo tocante al dinero, ha sido cuidadosamente recaudado por casi tres años, durante el tiempo que yo estuve en Galia. Ahora que he regresado a mi reino por la misericordia de Dios, lo que ha sido recaudado os es enviado por el susodicho legado, y el resto os será remitido cuando se presente la oportunidad por el legado de Lafranc, nuestro fiel

Arzobispo.

Orad por nos y por el bienestar de nuestro Reino, pues hemos amado a vuestros predecesores y deseamos amaros con todo nuestro corazón y escucharos obedientemente, sobre todas las cosas".

Guillermo tenía bien en claro lo que pretendía hacer: Estaba dispuesto a dar su dinero, pero nada más.

Por otra parte, aquí está el Rey Juan en el año 1213:

"Juan, por la Gracia de Dios Rey de Inglaterra, Señor de Irlanda, Duque de Normandía y de Aquitania, Conde de Anjou, a todos los fieles en Cristo que lean esta presente carta, saludos. Queremos que todos vosotros sepáis por esta nuestra carta, confirmada por nuestro sello, que nos, habiendo ofendido a Dios y a nuestra madre la Santa Iglesia en muchas cosas, y sabiendo que por ello estamos necesitados de la misericordia divina, e incapacitados de hacer ninguna ofrenda digna para conseguir la debida satisfacción ante Dios y la Iglesia, a no ser que nos humillemos nos y nuestro reino: Nos, deseando humillarnos por Aquél que se humilló por nosotros hasta la muerte, por la inspiración de la gracia del Espíritu Santo, bajo ninguna presión de fuerza o de temor, sino por nuestra buena voluntad libre, y por el consejo unánime de nuestros barones, ofrecemos y libremente entregamos a Dios y a sus santos apóstoles Pedro y Pablo y a la Santa Iglesia Romana nuestra Madre y a nuestro Señor el Papa Inocencio y a sus sucesores católicos, todo el Reino de Inglaterra y todo el Reino de Irlanda con todos sus derechos y pertenencias para la remisión de nuestros pecados y los pecados de toda nuestra raza, tanto de los vivos como de los muertos".

Estas son dos ilustraciones de diferentes actitudes ante el papado. Algunos reyes estaban dispuestos a mantener su propia autoridad, otros estaban prontos a reconocer y someterse a las pretensiones de los Papas.

Hace 600 años

El hecho más chocante sobre la Iglesia de Inglaterra hace 600 años, era su inmenso poder. Una tercera parte de la tierra en Inglaterra estaba en manos de la Iglesia. Casi todos los mayo-

res y más espléndidos edificios eran edificios eclesiásticos. Los grandes prelados del tiempo se contaban entre los vasallos más ricos del reino, y controlaban todas las posesiones importantes en el gobierno y la administración. Los clérigos constituían más del dos por ciento de la población; de cada cien hombres mayores de edad, uno era sacerdote. En el siglo XIV la población media de una parroquia, era de 400 a 500 personas, aunque la mayoría vivía en aldeas con una población inferior a los 200 habitantes. La campana de la iglesia se oía en todas partes del país, las festividades de la Iglesia eran los festivales de la comunidad, y para el sencillo aldeano analfabeto, estos festivales constituían su único calendario. La Iglesia recibía gran parte del dinero por medio de los diezmos y del tribunal del arcediano. Se imponían multas y castigos por las ofensas eclesiásticas más mínimas, como comer carne en día de abstinencia. Incluso las personas más prominentes podían sufrir penitencias públicas dolorosas y humillantes, como por ejemplo dar la vuelta al mercado de Taunton sólo de camisa y calzones, "y cuando llega al centro, detenerse por un tiempo a discreción del capellán revestido de sobrepelliz y con un azote en la mano, que le sigue".

El período del monasticismo estaba llegando a su fin hacia finales del siglo XIII. Había producido grandes santos y dirigentes de la Iglesia. Había cubierto la faz de Inglaterra con edificios de una belleza inigualable y enriquecido el país transformando los métodos de la agricultura y el comercio. Los monasterios eran los únicos centros de educación y cultura de la época. Con el transcurso del tiempo se habían secularizado; la disciplina del monasterio y la obediencia a una regla de vida se habían relajado gradualmente, y el foco del interés se trasladó de los monasterios a las iglesias parroquiales.

"En el siglo XIV se observa un giro evidente del interés, si lo medimos por las dotaciones y los legados de los monasterios a las iglesias parroquiales. . . Aquí el cristianismo inglés tiene el mayor de sus tesoros. El entusiasmo de construcción de iglesias no ha cesado jamás, y continúa en nuestra época; pero consiguió su mayor apogeo en los siglos XIII y XIV. Casi cada aldea tenía su propia iglesia, generalmente siguiendo una de las principales tradiciones de la arquitectura. Pero, en general, todas ellas esta-

ban marcadas por alguna aventura afortunada en la originalidad. Incluso después de que la actitud destructiva puritana, y los horrores de la reconstrucción del siglo XIX, hubieron hecho todos sus estragos, lo que aún nos queda es de un maravilloso esplendor, el mayor de todos los legados que nos dejó la Edad de la Fe . . . A finales del siglo XV, la Iglesia Occidental seguía siendo una fábrica de impresionante unidad y poder sólido; el hombre ordinario en Inglaterra, como en cualquier otra parte, se quejaba de su Iglesia y la criticaba, pero aún la amaba y dependía de ella. La Misa era el centro de vida de la parroquia; pocos parroquianos estarían ausentes el domingo, y un sorprendente número de cristianos en Inglaterra se encontraba en su camino hacia la Iglesia cada día laborable. Probablemente el hombre ordinario comprendía poco de la enseñanza de la Iglesia: La predicación de la baja Edad Media estaba dirigida más a las emociones que a la mente. Con frecuencia su comportamiento en la iglesia era deplorable; sin embargo, el pensamiento de ser excluido de la Iglesia aún tenía el poder de horrorizarle y esperaba, cuando su vida concluyera, ser enterrado para descansar con sus plegarias", (S. Neill).

✓ John Wycliffe había salido a escena en el año 1324. "Sus escritos lo delatan como un hombre amargo, airado, desilusionado, con una mente ruda y estrecha". Se dice que si se hubiera salido con la suya, al menos durante un período, habría destruido completamente a la Iglesia. Tenía un concepto altamente "perfeccionista" de la Iglesia; con ello queremos decir que la concebía como un grupo exclusivo con un perímetro claramente definido, como un organismo de aquellos llamados de la sociedad y apartados de la vida general de la comunidad. Wycliffe tuvo tres grandes puntos que marcaron su impronta en la vida de la Iglesia: El PRIMERO fue la predicación del Evangelio, que en aquel tiempo estaba tristemente abandonada; el SEGUNDO la Biblia abierta para todo el pueblo de Dios y, en TERCER LUGAR, desafió la autoridad de la Iglesia Medieval.

✓ El Renacimiento aportó nuevos descubrimientos y un gran florecimiento del nuevo saber. La luz alboreó sobre la edad de las tinieblas. La invención de la imprenta produjo un efecto tremendo en la vida toda de la Iglesia y en la predicación del Evan-

gelio. La llamada a la razón desembocó en el movimiento hacia la derroca de la autoridad de la Iglesia, que había permanecido intacta durante siglos. Todo esto preparó el camino para los amargos conflictos de la Reforma en el siglo XVI.

La Reforma

Stephen Neill hace un análisis sumamente interesante de la Reforma y traza cinco actitudes hacia ella que van de un extremo a otro:

1.—La Reforma fue totalmente mala; esta es, naturalmente, la postura de casi todos los católicos romanos. (Cabe decir que últimamente, muchos de ellos han modificado su parecer al respecto).

2.—La Reforma fue mala, pero tuvo alguna cosa buena, como dar al pueblo un culto público en su propia lengua; hay mucho que decir a favor de ello; ésta quizás sería la postura de muchos de los “anglo-católicos”.

3.—La Reforma fue buena, pero quedó maleada por violencias innecesarias y habría sido mejor conservar algunas de las cosas que fueron rechazadas.

4.—La Reforma fue la cosa más grande que jamás ocurrió en la historia del pueblo inglés. Fue el punto medio exacto entre ir demasiado lejos, y quedarse a medio camino; esta sería la postura del ala evangélica de la Iglesia de Inglaterra.

5.—La Reforma fue cosa buena, pero habría sido muchísimo mejor si hubiera ido más allá; esta es la postura que se encuentra en gran medida entre las Iglesias Libres Protestantes.

El Obispo Neill continúa su análisis de la Reforma, ofreciendo seis tipos distintos de Reforma. *En primer lugar, estuvo la renovación dentro de la Iglesia Romana misma, que es conocida en la historia como la Contrarreforma. En segundo lugar, estuvo la Reforma en Alemania, resumida quizás en la persona de Lutero, con un tremendo énfasis en la Biblia y una gran restauración de la doctrina paulina de la justificación por la fe. Es interesante observar que la Iglesia Luterana retuvo casi todo su ceremonial. En la Iglesia Luterana de Suecia hoy día, se encuentran ple- nos ornamentos de la Misa, seis candelabros sobre el altar, cruci-*

fijos y gran parte de la antigua liturgia de la Iglesia. Las doctrinas luteranas son tan completamente reformadas como cualquier otra doctrina del mundo, y, sin embargo, los luteranos no vieron la necesidad de cambiar la tradición católica del rito y la ceremonia. *El tercer tipo de Reforma tuvo su centro en Ginebra y en las personalidades de Zwinglio y Calvino. Aquí el énfasis recae sobre la soberanía de Dios y al hombre no se le concede libertad alguna de elección o acción con respecto a su destino. El cuarto tipo de Reforma fue expresado por los “anabaptistas” que se opusieron tanto a Lutero y a Calvino, como a la Iglesia de Roma. Este elemento particular en toda la historia de la Reforma, abogaba por demoler toda continuidad y comenzar completamente de nuevo. Describían a la Iglesia como a Babilonia (“Ha caído, ha caído la gran Babilonia y quedó convertida en morada de demonios”). La quinta Reforma fue la de los humanistas, y quedó resumida en la personalidad de Erasmo. Esta puso énfasis en el aspecto ético de la fe cristiana: Jesús era considerado como el gran Ejemplo, más que como el Salvador del género humano. El sexto tipo distinto de Reforma fue aquella que nos ocupa en este capítulo, la Reforma Anglicana. “La Reforma Anglicana está relacionada con todos estos movimientos, mas no debe ser identificada con ninguno de ellos. Las influencias de todas ellas han representado su papel sobre ella; en un punto u otro parece acercarse más a cada una de ellas a su vez. La tendencia, por consiguiente, ha sido la de intentar interpretar el Anglicanismo a la luz de algo que no es anglicano. Los historiadores protestantes europeos siempre han tendido a interpretar la tradición anglicana como una continuación y extensión de la idea de Erasmo. . . Los católicos romanos tienden a clasificar los anglicanos con los otros “protestantes” y por consiguiente a imposibilitarse para cualquier comprensión de lo que realmente es el Anglicanismo. No podemos comenzar a comprenderlo, si no estamos dispuestos a aceptarlo como algo único y distinto de todo lo demás. Si lo hacemos así, quizás podremos captar algo de su genio; comprender su situación en el complicado mapa de la Cristiandad, y quizás creer en la vocación especial que parece haberle sido encomendada, entre las muchas y variadas iglesias del mundo cristiano” (S. Neill).*

Es importante que no identifiquemos a los anglicanos con ese gran movimiento de masas bajo el título general de Reforma, sin ver el carácter peculiar y la forma que adoptó para nuestra Iglesia. La Reforma en Inglaterra no fue tanto una reforma teológica, como una cuestión de libertad nacional. El principal objeto de Enrique VIII fue la liberación de la autoridad papal y su designio, el de subordinar la Iglesia al Estado. Desgarra el corazón esta parte de la historia de nuestra Iglesia, ya que es evidente que un Papa sabio habría salvado la ruptura; de hecho, media Europa fue perdida para Roma. Enrique aplastó la autoridad de la Iglesia implacablemente. Acusó a todos los clérigos de traición y les ofreció perdón, sólo a condición de una sumisión total al trono. Rapiñó los monasterios, destruyendo sus maravillosas bibliotecas, cuyo esplendor jamás volveremos a ver. Prometió que el dinero sería empleado para la educación, pero sólo un fragmento de él fue utilizado con ese fin. Muchos de los piadosos abades fueron ejecutados. La tumba de Thomas Beckett, el símbolo de la resistencia de la Iglesia a la corona, fue desecrada.

Mas, a pesar de todo esto, podemos ver la otra cara de la moneda en la vida y pensamiento de Enrique. En el año 1536 ordenó una Biblia para cada iglesia en Inglaterra y trazó artículos de fe. Estos son interesantes porque, aún siendo antipapistas, no se apartaban un ápice de la doctrina romana. No hubo intento alguno de destruir las doctrinas de la Iglesia; era simplemente la autoridad papal lo que estaba en la estacada. "PRIMERO, que en el sacratísimo sacramento del altar, por el poder y la eficacia de la palabra poderosa de Cristo (siendo pronunciada por un sacerdote), está presente realmente, bajo las formas de pan y vino, el cuerpo natural y la sangre de nuestro Salvador Jesucristo, concebido de María Virgen; y que después de la consagración, no queda ninguna substancia de pan ni vino, ni ninguna otra substancia, sino la substancia de Cristo, Dios y hombre. . . QUINTO, que es digno y necesario que sean continuadas y admitidas las misas privadas en esta Iglesia y Congregación inglesa del Rey, por las cuales los buenos cristianos, ordenando sus vidas de acuerdo con ellas, reciben santos y piadosos beneficios y consolaciones; y esto es también agradable a la ley de Dios.

SEXTO, que la confesión auricular es conveniente y necesaria de retener y continuar, de usar y frecuentar, en la Iglesia de Dios".

En el reinado de Enrique VIII estaban operando tres grandes factores. En primer lugar, el ardiente deseo del rey por un heredero varón. Sólo tenemos que remontarnos a la historia de aquellos tiempos para ver cuán vitalmente importante era esto en la situación política cambiante. Con la autoridad del soberano repetidamente en la picota, era esencial para la vida, el progreso, la paz y la prosperidad del reino, el que el rey tuviera un heredero varón. Su esposa, Catalina de Aragón, era la viuda de Arturo, el hermano de Enrique, y todos los hijos murieron, excepto María. Enrique interpretó esto como un juicio por lo que él creía haber sido un matrimonio incestuoso con la viuda de su hermano. Las palabras del versículo 21 del capítulo 20 del Libro de Levítico martillaban en su mente: "Si uno toma la mujer de su hermano, es una inmundicia. Descubrió la desnudez de su hermano; no tendrán hijos". Enrique preguntaba: ¿No era entonces este matrimonio nulo e inválido? El Papa mismo había concedido dispensa especial para ello, pero muchos dudaban de que el Papa tuviera realmente poder para conceder tal cosa; en todo caso, ¿por qué había que recurrir al Papa? Enrique VIII mismo se sintió completamente libre de casarse sin pedir el permiso del Papa. Como acertadamente ha observado H. G. Wells, "Los ingleses se oponían al Papa, no porque fuera la cabeza de la Iglesia, sino porque no lo era".

Stephen Neill observa: "Era evidente a todos que el Papa anhelaba conceder a Enrique la anulación que pedía, si hubiera podido encontrar el medio de hacerlo sin ofender al Emperador Carlos V, que era sobrino de la Reina Catalina y ante quien sentía un miedo cerval". Es una torpe distorsión de la verdad, el decir que el Papa fue un campeón de la santidad del matrimonio cristiano, mientras que Enrique estaba guiado por la lujuria. Enrique evidentemente estaba dispuesto a tomar su propia decisión en cuanto al asunto; llamó a Thomas Cranmer, que declaró que su matrimonio con Catalina era nulo e inválido. El Papa inmediatamente lo declaró lícito y amenazó con excomulgar al Rey. En las Convocaciones Inglesas, ante el Parlamento, fue abolida en adelante la autoridad papal. Este fue el primer factor que estaba operando en la situación de este tiempo.

En segundo lugar, había una fortísima reacción anticlerical

en el pueblo. Los clérigos eran literal y cordialmente odiados, y principalmente porque habían dejado de cumplir sus deberes espirituales. "Cuando se presentó la oportunidad de derrocar a los clérigos, muy pocos entre los laicos se hallaron dispuestos a salir en su defensa" (S. Neill).

El tercer factor fue la infiltración de ideas reformistas luteranas del continente de Europa, tales como la renovación del énfasis en la Biblia y la recuperación de la gran doctrina de la justificación por la fe. La Biblia llegó a ser leída de una forma totalmente nueva, como si fuera por primera vez. Las sencillas palabras de los Evangelios en cierta manera palpitaron con vida nueva. Lutero fue un tremendo predicador y maestro de las Escrituras y de la doctrina de la justificación por fe. ¿Qué habían hecho los pecadores para ser aceptables a Jesucristo? La respuesta era: Nada; solamente dejarse encontrar por el Buen Pastor. Lutero restauró la verdadera relación entre la fe y las obras.

Estos tres factores prepararon el escenario para la Reforma en Inglaterra; la situación del Rey en su anhelo de un heredero varón; la fuerte reacción anticlerical del pueblo; y el impacto de la Reforma en el continente de Europa. Tuvimos en la escena en Inglaterra al hombre apropiado para el momento: Thomas Cranmer (1489-1556). Cranmer hizo más que nadie para hacer de la Iglesia de Inglaterra lo que es hoy en día. En Inglaterra no tuvimos ningún Lutero martillando la doctrina de la justificación por la fe por toda Europa; no tuvimos ningún Calvino, con el implacable, casi aterrador, énfasis en la soberanía de Dios. El principal reformador en Inglaterra resultó ser, en la providencia de Dios, el mayor genio litúrgico del tiempo. Es más, podríamos decir que fue el mayor genio litúrgico de la Iglesia cristiana en todos los tiempos. Estaba amplísimamente versado en las obras de los padres primitivos y en las antiguas liturgias de la Iglesia. Poseía personalmente una de las bibliotecas más estupendas de Europa. Era una persona amable, paciente, de mente serena y fría; era un típico inglés en cuanto odiaba los extremos por ambos bandos. Basó todo su pensamiento de reforma, toda su reforma litúrgica, en la apelación a la Escritura. "Se había enamorado de la Biblia. . . hizo de la Iglesia de Inglaterra la Iglesia que más lee la Biblia en el mundo". En el año 1544 nos ofreció la primera forma de culto en lengua inglesa, la Letanía, todavía usada después de cuatro siglos.

Católica pero no Romana

Y así resultó que la religión oficial de Inglaterra llegó a ser un Catolicismo sin el Papa. Roma excomulgó a la Iglesia Inglesa, y la Iglesia de Inglaterra, en cambio retuvo las marcas católicas que los reformadores continentales habían abandonado. Cuando Cranmer publicó el Libro de Oración Común de 1549, no tuvo una buena acogida. Los puritanos querían que Cranmer fuera mucho más allá; y el Libro de Oración Común de 1552 tuvo un sabor calvinista mucho más fuerte. Cranmer estaba bajo la constante presión de un bando o del otro; y habla muy en favor de su gran conocimiento y sabiduría el hecho de que siempre pudiera guiar a la Iglesia por la típica vía media anglicana.

En 1553 María Tudor ascendió al trono. "Cuando fue hecha Reina, fue aclamada entusiásticamente por su pueblo; cuando murió cinco años más tarde, apenas se derramó una sola lágrima por ella". Católica Romana fanática, inició una acerva persecución; 277 mártires murieron, incluyendo a Cranmer mismo. Antes de ascender ella al trono, el pueblo había deseado volver a Roma; mas la persecución le repugnó y dio náuseas. A María le sucedió su hermana Isabel I. Es descrita como moderada, pero en realidad era católica, con una calificación importante: Estaba determinada a llevar ella los asuntos de su casa. Poco después de su ascenso al trono, apareció el Libro de Oración Común de 1559, que era un compromiso entre el primero y el segundo libros. La Iglesia Inglesa estaba ahora excomulgada y toda la autenticidad católica de la Iglesia de Inglaterra giró alrededor de la consagración del Arzobispo Parker en 1559. Los católicos romanos con frecuencia han alegado que esta consagración fue inválida. Desde el punto de vista de la continuidad católica, pues, la Iglesia de Inglaterra que data de ese tiempo es considerada como herética. Sin embargo, en nuestros días hay una tendencia entre los católicos romanos a evitar este tema, porque es sólida evidencia de que de hecho hubo cuatro obispos católicos en la consagración del Arzobispo Parker y ésta fue, en todos los sentidos, una consagración en la sucesión histórica de las órdenes católicas.

El Papa escribió una carta muy ruda a Isabel con motivo de su coronación, negándole el derecho al trono inglés a causa de

su ilegitimidad. Un nuevo Papa, Pío V, inmediatamente vio lo que había ocurrido, e intentó enmendar el daño de su predecesor. Ofreció reconocer el Libro de Oración de Cranmer de 1559, si Isabel lo aceptaba de la mano del Papa. Era el Libro de Oración de Cranmer; era un Libro de Oración que había emergido del pensamiento de la Iglesia Inglesa, pero si Isabel hubiera estado dispuesta a recibirlo de manos del Papa, es interesante pensar lo que habría ocurrido y dónde estaríamos ahora.

El siguiente Papa, Pío V, escomulgó a Isabel, y esto constituyó el golpe mortal en lo tocante a Roma. "Ningún acontecimiento en la historia inglesa, ni siquiera el complot de la pólvora, produjo un efecto tan hondo y duradero en la actitud de Inglaterra hacia la Iglesia Católica Romana, como la Bula de Pío V. Los ingleses jamás olvidaron la excomunión de su Reina" (A. O. Meyer, *England and the Catholic Church under Queen Elizabeth*, "Inglaterra y la Iglesia Católica bajo la Reina Isabel"). El Cardenal Secretario de Estado escribió al Nuncio Pontificio en Madrid el 2 de diciembre de 1580: "Puesto que esa inicua mujer de Inglaterra gobierna sobre dos tan nobles reinos de la Cristianidad y es la causa de tanto perjuicio a la fe católica y pérdida de tantos millones de almas, no cabe duda de que quien la envíe fuera de este mundo con la piadosa intención de prestar un servicio a Dios, no solamente no incurre en pecado, sino que gana mérito, especialmente teniendo en cuenta la sentencia pronunciada contra ella por Pío V, de santa memoria. Y así, si esos caballeros ingleses deciden realmente realizar una obra tan gloriosa, Su Señoría puede asegurarles que no cometen pecado alguno. Confiamos también en Dios que escaparán de todo peligro".

Isabel no se doblegaría ni al poder de Roma ni a mezquinas presiones de los puritanos, que estaban resueltos a arrojar la Iglesia de Inglaterra por la borda, al abismo de la Reforma continental. Los puritanos tenían cuatro fines: El PRIMERO, y muy encomiable, era la provisión de un ministerio predicador bien formado; el SEGUNDO era la reducción de las ceremonias a un mínimo famélico; TERCERO, los puritanos querían introducir en la Iglesia de Inglaterra todo el sistema presbiteriano, eliminando obispos; en CUARTO LUGAR, deseaban una Iglesia estatal en todo el sentido de la palabra, completamente bajo el con-

trol del Parlamento y vacía de los últimos vestigios de independencia espiritual. Lo siguiente es una indicación de los extremos del pensamiento puritano en aquel tiempo: "Que las iglesias catedrales sean totalmente demolidas. . . verdaderas cuevas de ladrones donde asquerosamente se abusa del tiempo, y del lugar del servicio de Dios, la predicación y la oración tocando el órgano, cantando, arrastrando y canturreando los salmos de un lado del coro al otro, con chillidos de los coristas vociferando. . . Perros mudos, torpes, sacerdotes sacrificantes, zánganos destructores, o más bien orugas de la Palabra. . . Cuevas de poltrones perezosos, holgazanes".

Esto es lo que pensaban de las iglesias catedrales; si se hubieran salido con la suya, toda iglesia catedral en Inglaterra habría sido completamente arrasada. Aquí tenemos lo que pensaban de los obispos: "Prelados profanos, orgullosos, papistas, pestilentes, perniciosos". Stephen Neill nos dice: "No podría esperarse que los obispos quedaran muy complacidos cuando el Doctor Henry Burton, Rector de San Mateo, en Friday Street, en la ciudad de Londres, aludiera a todos ellos en un sermón como carneros panza arriba; cuando una digna señora tendió su ropa lavada en el presbiterio de la Iglesia diciendo que si el pastor traía sus viejas sábanas a la Iglesia, ella también lo haría (¡y eso porque llevaba sobrepelliz!), cuando otra se encaminó a la Catedral de Lichfield, acompañada por el Escribano de la Ciudad y su esposa, y arruinó las colgaduras del altar con un cubo lleno de betún".

Este era el tipo de presión que ejercían los puritanos, intentando poner a la Iglesia de Inglaterra más en línea con el pensar reformista del continente de Europa. Tenemos muchísimo que agradecer a Cranmer que rehusó ser empujado por los puritanos o por los romanos. Se ha dicho: "La Iglesia de Inglaterra antes y después de la Reforma, puede ser comparada a un jardín antes y después de la escarda; pero sigue siendo el mismo jardín".

El pueblo respaldaba a la Reina Isabel cuando ella escribió al Emperador Fernando en 1565: "Nos y nuestros vasallos, Dios sea loado por ello, no seguimos religiones novedosas ni extrañas, sino la misma religión que Cristo manda, la que la Iglesia primi-

tiva y católica sanciona, la que aprueban la mente y la voz de los padres más antiguos de común acuerdo”.

CAPITULO 2

*Notas de la
agresión*

EL ANGLICANISMO: SU CARACTER

Ahora formulamos la pregunta: “¿Qué es el Anglicanismo?” y examinemos su naturaleza y carácter. Stephen Neill deja perfectamente claro que no hay ninguna doctrina anglicana especial, ninguna teología anglicana particular. Las Iglesias Anglicanas pretenden enseñar todas las doctrinas de la fe católica, y están sólidamente basadas en la Santa Escritura. Los anglicanos lanzan el desafío: “Muéstranos que hay algo claramente expuesto en la Sagrada Escritura, que nosotros no enseñamos, y lo enseñaremos. Muéstranos que hay algo en nuestra enseñanza y práctica claramente contrario a la Sagrada Escritura, y lo abandonaremos”.

Católica y reformada

La vida de la Iglesia Anglicana mantiene el difícil equilibrio entre estos dos conceptos espiritualmente básicos. Conocemos estas dos actitudes o posturas ante la vida de la Iglesia con las palabras “Católico” y “Evangélico”. Es importante que nos percatemos de que éstos no son términos modernos; o por lo menos las ideas que expresan no son ideas modernas.

En el Antiguo Testamento podemos trazar dos actitudes distintas ante la verdad espiritual; está el ministerio del profeta y el ministerio del sacerdote. El ministerio del profeta era un ministerio evangélico, declarando la Palabra de Dios a su propio tiempo y a su propia generación, y hablando de la situación con que estaban confrontados. El sacerdote estaba ocupado con el gobierno, y el orden del culto en el templo, la ofrenda de sacri-

ficios y la intercesión.

En el Nuevo Testamento encontramos estos dos elementos expresados quizás en las personalidades de San Pablo y San Juan. San Pablo era lo que llamaríamos el evangélico, con su gran doctrina de la justificación por la fe, su énfasis en el pecado, la salvación y la necesidad de nueva vida en Cristo. San Juan, por otra parte, subraya lo que podríamos llamar los aspectos sacerdotal y litúrgico de nuestra fe cristiana. Su Evangelio contiene el gran pasaje sobre Jesús como el pan de vida; y todo el discurso que siguió a la multiplicación de los panes tiene un fuerte énfasis eucarístico.

El lector recordará por el capítulo precedente, cómo estos dos mismos elementos se encontraron en la vida de la Iglesia Inglesa. El cristianismo céltico primitivo, mucho antes de que llegaran San Agustín y su misión, sencillo en su fe, misionero en su carácter, era la Iglesia que proclamaba el Evangelio a la situación circundante. Entonces vino, en la tradición sacerdotal, la organización católica y la disciplina de la misión del Papa Gregorio. Y así, al principio de la Iglesia en Inglaterra, encontramos combinados los elementos evangélico y católico. Agustín no pudo nunca granjearse la confianza de aquellos cristianos célticos primitivos, pero Teodoro pudo juntar estos elementos y conseguir una reconciliación entre las dos actitudes. En el mismo tiempo de la Reforma, estos dos elementos estuvieron ciertamente presentes; los reformadores continentales fueron mucho más allá que la Iglesia en Inglaterra, y abandonaron muchas de las antiguas formas católicas de liturgia y ministerio; en el otro extremo estaban aquellos que se resistieron a la Reforma. En el punto medio, la Iglesia de Inglaterra pudo aceptar la Reforma y renovar su vida por la apelación a la Sagrada Escritura; pero no por ello tenía que ser forzada a abandonar los tesoros de la Iglesia Católica.

Más tarde vinieron los dos grandes movimientos de renovación en la vida de la Iglesia, el "revival"* evangélico en el tiem-

* "Revival" significa un resurgir religioso, con frecuencia ligado a la obra de un predicador itinerante; generalmente es traducido por "avivamiento"; aquí preferimos preservar la palabra original. No confundir con *awakening*, "despertar religioso". —N. del T.

po de Wesley e inmediatamente después el Movimiento de Oxford, con Newman, Pusey y Keble, que comprendieron la gran necesidad de recuperar el carácter católico de la Iglesia en su doctrina, disciplina y liturgia. Estas fueron dos actitudes completamente distintas a la renovación espiritual, y sin embargo ambas han sido incorporadas en la vida de la Iglesia Anglicana.

Es responsabilidad nuestra, como anglicanos, el que representemos plenamente, en cualquier parte del mundo en que nos encontremos, este equilibrio de la verdad. Esta misión es sumamente difícil, porque es muy humano el suspirar por una vida sin tensiones. Nos disgusta ser impelidos de un lado para otro, y con frecuencia suspiramos por una autoridad que nos señale el camino que debemos seguir, de suerte que podamos sentarnos y descansar cómodamente en nuestras convicciones. Si esto es lo que deseamos, jamás seremos felices en la Comunión Anglicana. Los anglicanos jamás han vivido sin tensiones; la tensión espiritual entre los dos elementos que sólo podemos vislumbrar por el momento pero que, al ser contemplados a plena luz, demostrarán ser una y la misma cosa. Los anglicanos que pretendan vivir sin esta tensión básica, que pertenece a la naturaleza misma del Anglicanismo, o bien buscan la palabra autoritaria de la Iglesia de Roma, como el que más tarde sería Cardenal Newman, o son tan extremadamente protestantes como para ser anglicanos sólo de nombre.

¿Qué es lo que mantiene a los extremistas anglo-católicos y a los extremistas "protestantes" en el seno de la Iglesia Anglicana?

En su libro *The Coming Great Church*, ("La Gran Iglesia Venidera"), el Cónonigo Theodore Wedel dice: "Todo anglicano puede ser testigo de la agonía de la mediación. Los anglicanos han vivido sobre el abismo católico-protestante por 400 años, han soportado las tensiones que supone el aferrarse a lealtades históricas en pugna. . . El Anglicanismo ha preservado los elementos católicos dentro de su vida eclesiástica a través de toda su historia, sean cuales fueren las interpretaciones doctrinales lanzadas sobre ellos por partidos o individuos. Un partido interpretaría la historia como si el Anglicanismo hubiera retenido las formas católicas por la providencia divina, y la teología reformista meramente por divina inadvertencia. Otros partidos inter-

pretarían la historia como una valoración diametralmente opuesta, pero en todo caso allí están los elementos católicos”.

Si nuestra Iglesia significa algo en absoluto para nosotros como anglicanos, tenemos que tener en cuenta estos dos grandes conceptos y actitudes históricas ante la fe cristiana. Con harta frecuencia suponemos que, o tenemos que ir con los católicos, o bien con los evangélicos. Esto puede parecer una paradoja, una contradicción en los términos. Sólo cuando los anglicanos aprenden a vivir consigo mismos y dejar de considerar los términos “evangélico” y “católico” como mutuamente exclusivos, pueden pretender ser auténticamente anglicanos. El hecho de que queramos ser lo uno o lo otro significa que no hemos comprendido ninguna de las dos posturas.

El Canónigo Wedel escribe: “La ambigüedad de la palabra “católico” puede ser desesperante para cualquier escritor sobre la doctrina de la Iglesia. Históricamente (y también controversialmente) los términos ‘católico’ y ‘protestante’ (o ‘evangélico’) están el uno contra el otro, pero rasquemos debajo de la periferia de este contraste en la historia, y los contornos de la palabra ‘católico’ quedan difuminados. Un protestante que recita los credos apostólicos puede creer en la Iglesia Católica como cualquier romanista. El cristianismo evangélico ha preservado elementos vitales de catolicidad de los que apenas puede soñar la Iglesia de Roma; efectivamente, la iglesia evangélica unida del futuro puede ser más católica, (ya que este concepto es parte de la fe cristiana básica) que cualquier catolicismo que hasta el presente haya aparecido en la historia. . . El Anglicanismo en su mejor expresión ha intentado combinar un fundamento católico de orden y solidez litúrgica de la Iglesia con una fe evangélica y una hermandad congregacional. Y, sin embargo, cuán fácil es hacer absoluto cualquiera de estos dos énfasis y hacer que uno predomine sobre el otro”.

¿Qué entendemos por ‘Catolicismo’? Este vocablo puede parecer un tanto desagradable para muchos; y sin embargo ellos mismos pueden presentir que es algo que todavía les pertenece. La palabra significó originalmente “universal” (y por consiguiente la expresión ‘católico romano’ es una contradicción en los términos), pero más tarde llegó a significar ‘doctrina sana’ u ‘ortodoxia’. Ser ‘católico’ era estar ligado con la ortodoxa, histórica, primitiva, y apostólica Iglesia de Cristo. Una de las grandes tareas que tuvo que arrostrar la Iglesia Primitiva fue la de

protegerse contra la herejía. Y lo hizo estableciendo salvaguardias, piedras miliarias, por así decirlo, por medio de las cuales la Iglesia sabría lo que era genuino, auténtico y ortodoxo.

Estas salvaguardias son realmente aquellas que siglos más tarde han llegado a ser expresadas para nosotros en lo que denominamos el “Cuadrilátero de Lambeth”: Las Escrituras, los Credos, los sacramentos evangélicos y el ministerio histórico. La Iglesia de Inglaterra en el tiempo de la Reforma retuvo estas cuatro señales católicas. No hubo ruptura alguna con el cristianismo histórico traído a las costas inglesas en los tiempos apostólicos o inmediatamente posteriores. “El Anglicanismo, sea por accidente histórico o por los designios de la Divina Providencia (y por lo que hemos observado creo que todos estarán de acuerdo en que se trata de una combinación de ambos factores), “aportó durante la Reforma al menos, algunos preciosos valores de los miles de años de la vida cristiana precedentes a la gran revolución”. La Iglesia Anglicana, cuando es fiel a sí misma, no se avergüenza de su catolicismo; mas es también Reformada, y aquí de una manera típicamente inglesa, demandamos lo mejor de ambos mundos.

La Iglesia en Inglaterra en el tiempo de la Reforma rechazó la autoridad del Papa. Se purgó y purificó del error y la superstición, y rompió las coyundas estrangulantes del papado sobre su propia libertad espiritual. Pero en manera alguna consideró estas reformas como una ruptura con la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica.

Una Iglesia escritural

En la Reforma, la Iglesia de Inglaterra puso la Biblia en el centro mismo de su vida, de su pensamiento y de su culto. El Obispo Stephen Neill recalca este punto en su libro una y otra vez, y nos mete en la cabeza que la Iglesia de Inglaterra es una Iglesia amante de la Biblia. “Es de observar”, dice, “que Cranmer, al igual que los demás reformadores, se había enamorado de la Biblia. . . En ninguna otra Iglesia de ninguna otra parte del mundo es leída la Biblia en el culto público con tanta regularidad y orden, y en dosis tan cuantiosas como en la Comunión Anglicana de Iglesias”.

Me pregunto si en algún momento libre—quizás mientras esperáis el comienzo de los oficios en la Iglesia—habéis echado un vistazo a los 39 artículos de Religión en el Libro de Oración

Común. El Artículo VI: "*De la suficiencia de las Sagradas Escrituras para la salvación*", reza así:

"La Escritura contiene todas las cosas necesarias para la salvación: De modo que cualquiera cosa que no se lee en ella, ni con ella se prueba, no debe exigirse a hombre alguno que la crea como artículo de fe, ni debe ser tenida por requisito necesario para la salvación". El Artículo VIII, "*De los Credos*", dice: "El Credo Niceno y el comúnmente llamado de los Apóstoles, deben recibirse y creerse enteramente, porque pueden probarse con testimonios de las Santas Escrituras". Y el Artículo XX; "*De la Autoridad de la Iglesia*": "La Iglesia tiene poder para decretar Ritos o Ceremonias, y autoridad en las controversias de la fe: Sin embargo, no es lícito a la Iglesia, ordenar cosa alguna contraria a la Palabra divina escrita, ni puede exponer un lugar de la Escritura, de modo que contradiga a otro. Por lo cual, aunque la Iglesia sea Testigo y Custodio de los Libros Santos, sin embargo, así como no le es lícito decretar nada contra ellos, igualmente no debe presentar cosa alguna que no se halle en ellos, para que sea creída como de necesidad para la salvación".

Esto muestra cómo toda la armazón del pensamiento anglicano y su estructura, es constantemente confrontada con la Sagrada Escritura. La Biblia es la base de nuestro culto; es central en todos los grandes oficios de la Iglesia; y en la ordenación de presbíteros y la consagración de obispos se formulan preguntas a los candidatos en relación con su actitud hacia la Sagrada Escritura.

Para citar una vez más el desafío lanzado por las iglesias anglicanas, "Muéstranos que hay algo claramente establecido en la Sagrada Escritura que nosotros no enseñamos y lo enseñaremos. Muéstranos que hay algo en nuestra enseñanza o práctica claramente contrario a la Sagrada Escritura, y lo abandonaremos". Como dice Stephen Neill: "Las iglesias anglicanas leen más la Biblia a los fieles, más que ningún otro grupo de iglesias en la cristiandad".

Oración común

En tercer lugar, *está la simplicidad y llaneza del culto que se dio a la Iglesia en la Reforma*. Cranmer hizo cuatro cosas: Unificó, tradujo, purificó y simplificó. *Unificó* todos los libros de oficios de la Iglesia, de los que había muchos. Casi cada obispo

tenía su propio libro particular, cada catedral poseía su propio rito distinto. No había un solo libro que estuviera en uso en la Iglesia de Inglaterra en todas partes del país, y Cranmer hizo este extraordinario trabajo de unificar los libros de la Iglesia en un solo volumen; una obra increíble de genio litúrgico. En segundo lugar, *tradujo*; puso el culto de la Iglesia en la lengua del pueblo. En tercer lugar, *purificó* el culto inglés, purgándolo de todo error y de todo cuanto no fuera escriturario. En cuarto lugar, *simplificó*; construyó los oficios de tal manera que la gente en todos los niveles pudiera tomar parte. El pueblo participaba en el culto, tomando una parte activa en la liturgia; el culto se convirtió en algo que la gente sencilla podía comprender y disfrutar, y en todo este proceso la Biblia fue la guía y autoridad de Cranmer.

Un cristianismo litúrgico

El Anglicanismo está basado en el desarrollo de la vida espiritual por medio del *culto litúrgico regular y disciplinado*. "La Liturgia" no debe ser considerada meramente como un tipo particular de oficio, sino como una base para vivir la vida cristiana. El anglicano leal se encuentra cogido en las oraciones de la Iglesia y en el curso del Año Litúrgico. Los oficios diarios matutino y vespertino, unidos a la recepción regular de la Santa Comunión, constituyen la base del culto anglicano.

Este sería un momento oportuno para discutir el estado presente del culto en nuestra Iglesia, porque no hemos sido fieles a los principios de la Reforma. En algunos lugares hemos convertido los oficios diarios matutino y vespertino en el culto semanal para toda la Iglesia, lo cual jamás pretendieron ser. El único acto del culto cristiano en el día del Señor siempre se pretendió que fuera el oficio de la Santa Comunión. Es el único oficio en el Libro de Oración Común en que está incluido un *sermón*, en que se han de dar las noticias y observaciones a la congregación y se hace la ofrenda. La Cena del Señor fue, en la mente de los reformadores, el único servicio en que toda la familia cristiana estaría presente. Todo cuanto hicieron en la compilación de nuestro Libro de Oración Común estaba destinado a hacer el Oficio de Santa Comunión, el único y supremo acto de culto para celebrar semanalmente el domingo por la mañana: La mañana en que recordamos al Señor resucitado y

nos reunimos alrededor de Sus pies para tomar el pan y el vino de Sus manos. Los primitivos cristianos apenas comprenderían lo que estamos haciendo, si vinieran a una iglesia cristiana hoy día, y nos encontrarán a la mitad del Oficio Matutino. No quiero decir que los Maitines dejen de ser un oficio lleno de belleza y auxilio espiritual, sino más bien, que no fueron compuestos para ser el acto supremo del culto cristiano: Son simplemente un oficio diario; y esa es la razón por la que tenemos el Leccionario y el Salterio de la forma en que lo hacemos hoy en día, apenas una o dos veces a la semana, hace de todo ello una sinrazón. Uno de los tesoros inapreciables de nuestra Iglesia es el culto regular, disciplinado, litúrgico, de la familia cristiana.

La finalidad del culto y la vida espiritual de la Iglesia Anglicana ha sido descrita así "No producir efectos emocionales, sino gradualmente, pieza por pieza, construir una voluntad resuelta a la santidad, basada más en la dirección de la voluntad que en la agitación de las emociones". No cabe mejor definición del valor del culto litúrgico anglicano en la vida de la Iglesia. Tenemos que guardarnos de adoptar métodos no-anglicanos de labor pastoral evangelizadora, que olvidan e incluso contradicen este método esencialmente anglicano de crear hábitos disciplinados de culto, y plena confianza en el Espíritu Santo. Fue P. T. Forsyth, el teólogo congregacional, quien dijo en una ocasión: El único gran predicador en la historia ha sido la Iglesia".

El poder evangelístico de la comunidad cristiana realmente adorando en unidad, con verdadero temor y reverencia, es algo que no puede ser conmesurado. Esta idea la sugiere San Pablo en su primera Carta a los Corintios, donde subraya que allí donde se encuentra la Iglesia en adoración y entra un extraño, inmediatamente queda convencido de su necesidad (1Co. 14:25). ¿Ocurre así en nuestro culto? ¿Es una cosa tan real, tan vital, tan viva, que cualquiera que entre sienta que Dios está allí? Nos es mucho más fácil organizar campañas y misiones con grande aparato publicitario y grandes muchedumbres, que concentrarse en "construir una voluntad resuelta a la santidad" por medio de la vida y el culto de la Iglesia; cabe poca duda de cuál de los dos programas es más duradero y valioso. La Iglesia Anglicana cree que donde se ofrece el verdadero culto, el Espíritu Santo realiza Su propia labor.

El saber

Con frecuencia se ha dicho que, el Anglicanismo *apela a la sana ciencia*. La Iglesia ha sido gran promotora de la educación liberal en las artes y en las ciencias y ha producido muchos sabios descolantes. Los clérigos han creado una tradición de buen saber y erudición inigualados por ningún otro sector de la comunidad. El director de la "*English Historical Review*" ha dicho que cuando ha tenido un libro sobre algún tema extraño del que hacer la recensión, invariablemente lo tuvo que enviar a algún anodino pastor rural.

La Iglesia basa su fe en las Escrituras, toma muy en cuenta la obra de los padres primitivos y da gran importancia a la historia de la Iglesia Cristiana. Mas, como observa Stephen Neill, "las Escrituras deben ser entendidas, los padres primitivos deben ser leídos y la historia debe ser estudiada sin prejuicios". La Iglesia Anglicana procura comprender las Escrituras no por la interpretación individual y privada, sino por la asimilación de siglos de pensamiento e interpretación, por la obra de los santos y sabios en el curso de todas las edades.

La Iglesia cree en primer lugar que toda la verdad, sea científica, filosófica o teológica, es una revelación de La Verdad, que es Cristo mismo. Por consiguiente, no hay nada que temer de los descubrimientos de la ciencia o la aplicación de la razón a la fe cristiana. Estamos viviendo en un tiempo en el que debemos reconciliarnos con los resultados de lo que se ha dado en llamar "crítico bíblico". Eso no quiere decir criticar en un sentido peyorativo o negativo, sino estudiar el texto de la Biblia con humildad y también con integridad intelectual. En nuestra generación ha habido un completo redescubrimiento de la Biblia en términos del pensamiento y las concepciones del siglo XX, que recibe el nombre de Teología Bíblica. Es una de las cosas más emocionantes que han ocurrido en este siglo, y—aunque todavía esta renovación de la ciencia bíblica está confinada al estudioso y al teólogo—, está ya comenzando a impregnar toda la vida de la Iglesia. En este período de la historia el aferrarse a un "fundamentalismo" caduco es aferrarse a un barco que está naufragando.

El Canónigo Wedel escribe: "Jamás debemos olvidar que el Catolicismo Romano todavía es fundamentalista oficialmente en su actitud hacia la Biblia. Esto puede aparentar fuerza, mas es una debilidad trágica. La batalla para preservar la Biblia para el mundo moderno ha sido una batalla protestante. Quizás el Catolicismo Romano mismo, bajo la guía de Dios sobre su Iglesia Universal, agradecerá algún día a su empequeñecido rival por proteger la roca sobre la cual también la Iglesia de Roma, a pesar de todas sus doctrinas del papado, está edificada: La Biblia. . . Puede haber muerto la fe en la divinidad del Libro: La fe en el Dios cuya Palabra habla a través del Libro es más clara que nunca".

Libertad responsable

Otra característica del Anglicanismo, subrayada en la Conferencia de Lambeth de 1958, es *la libertad responsable* de la Iglesia Anglicana. "Es confianza en la verdad", escribe Neill, "lo que hace que las Iglesias Anglicanas demanden tanto de los fieles. Ser un mal anglicano es la cosa más fácil del mundo. La cantidad de esfuerzo que se requiere en el mínimo de conformidad anglicana, es tan infinitesimal que apenas puede ser medido. Ser buen anglicano es un asunto tremendamente exigente, y sigue siendo exigente durante todo el curso de la vida. No todo el mundo posee lo que hace falta para ser anglicano. . . Si deseas ser anglicano, debes proponerte comprender lo que enseña la Iglesia y por qué lo enseña, y por qué, al enseñar estas cosas, pretende que no está enseñando otra cosa que la verdad. Es más fácil tomar una sola decisión: Creer en la Iglesia y todo cuanto enseña; pero éste no es el camino anglicano".

El Anglicanismo no ofrece ni un sistema prefabricado de pensamiento y disciplina impuesto por la Iglesia a su pueblo; ni la excesiva anarquía que resulta de la interpretación privada, el juicio individual y la disciplina impuesta personalmente. La Iglesia Anglicana, por consiguiente, hace grandes demandas sobre sus miembros y les ofrece libertad de conciencia dentro del bien medurado marco de la vida y el culto. Esta libertad responsable está implícita en la pertenencia a la Iglesia; una fusión de la li-

bertad individual y la disciplina corporativa que es una característica única del Anglicanismo.

Etica cristiana

Después viene el énfasis en los *frutos morales y éticos de la fe*. Stephen Neill escribe: "Si no somos transformados diariamente en carácter y conducta a semejanza de Jesucristo, no somos salvos, sea cual fuere nuestra profesión de creencia en la justificación por la fe o en la presencia real de Cristo en la Eucaristía". El anglicano subraya la importancia de esa vida religiosa genuina que consiste en hacer justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con Dios. Quizá la vía anglicana es vulnerable a la crítica de que se preocupa demasiado de la "bondad" y no lo suficiente del "Evangelio"; pero la Iglesia defiende la verdad de que Dios es bueno y quiere que Sus hijos crezcan en la semejanza de Aquél que recorrió ciudades y aldeas haciendo el bien. La semejanza a Cristo es la prueba final de cualquier doctrina o sistema eclesiástico; y la Iglesia Anglicana tiene una gran tradición de santidad. La humildad y la santidad han florecido en la tradición anglicana, y el valor de la herencia de nuestra Iglesia debe ser medido por las vidas de incontables hombres que han amado a Dios y han servido a sus hermanos.

Finalmente, hay una "*comprehensividad*" única en el Anglicanismo. Ya hemos visto que los anglicanos están comprometidos a una vida de tensión. Stephen Neill ha escrito: "Si la Iglesia de Inglaterra no hubiera desarrollado una capacidad, inigualada en ninguna otra comunión cristiana del mundo, para tolerar lo intolerable, habría llegado a su fin tiempo atrás". Si quieres "evangelicalismo" sin "catolicismo", entonces la Iglesia Anglicana no es para ti; y viceversa. En ninguna otra iglesia puede encontrarse tal variedad de vertientes eclesiásticas dentro de una sola comunión. A veces esto nos resulta embarazoso; no obstante, es parte esencial de la naturaleza de nuestra Iglesia. El que fue Arzobispo de York, Arzobispo Barbett, escribió: "La 'comprehensividad' de la Iglesia de Inglaterra es una de sus cualidades más distintivas; quizás nos atreveríamos a decir que es la que más caridad tiene de todas las iglesias". Aunque a veces somos

criticados por la tremenda anchura de nuestra "comprehensividad" y la falta de lógica de todo ello, sin embargo es esencialmente parte del carácter de nuestra Iglesia. La Conferencia de Lambeth de 1948 lo resumió de esta forma:

"La coexistencia de estas doctrinas divergentes dentro de la Iglesia Anglicana produce ciertas tensiones, mas son tensiones dentro de una amplia esfera de acuerdo en la fe y la práctica. Reconocemos el perjuicio causado por estas tensiones (¡una afirmación espléndidamente moderada!) pero las reconocemos como parte de la voluntad de Dios para nosotros, ya que creemos que es sólo por medio de una "comprehensividad" que nos capacita para permanecer juntos en la Comunión Anglicana, que hace posibles concepciones de la verdad que han producido separación en otras iglesias, como la Comunión Anglicana podrá extenderse en diferentes direcciones y así cumplir su vocación especial como uno de los instrumentos de Dios para la restauración de la unidad visible de toda Su Iglesia. Si al presente una concepción hubiera de prevalecer con exclusión de todas las demás, quedaríamos librados de nuestras tensiones, pero sólo al precio de perder nuestra oportunidad y nuestra vocación". Stephen Neill añade: "Jamás ha sido mejor expresada la peculiar cualidad de la Comunión Anglicana".

Hay un principio anglicano de lo que ha dado en llamarse "la suposición caritativa". El Libro de Oración Común *supone* la devoción y la lealtad de sus miembros; no puede haber liturgia alguna para el no-creyente. El Anglicanismo no divide a la comunidad arbitrariamente entre los "salvos" y los "no-salvos" y de esta forma ilustra el carácter esencialmente inglés del sistema parroquial. El párroco en Inglaterra tiene el cuidado de todas las almas de su parroquia, al margen de raza, secta o religión. Incluso hoy día existe la sensación entre aquellos que son miembros de otras iglesias, especialmente en áreas rurales, de que el Vicario es la persona con responsabilidad espiritual por la población entera de la parroquia. Es el *parson* (pastor), la *person*-(persona)* de la parroquia. No hay ninguna demarcación rígida entre aquellos que son salvos y los que no lo son; y hacer este tipo de distinciones en el Anglicanismo es matar el mismo espíritu de nuestra Iglesia. La Iglesia no debe ser considerada

como un reducto con un perímetro claramente delimitado, con todos sus miembros dentro. Es más bien un rebaño, con algunos cerca del Pastor, otros al margen y algunos descarriados; pero todos constituyen el redil de Cristo. Esa es la razón por qué lo que los teólogos llaman la doctrina perfeccionista de la Iglesia no tiene lugar alguno dentro del Anglicanismo. La distinción que algunos hacen entre la Iglesia visible de orden y administración externos y la Iglesia invisible de la realidad espiritual interna, es una distinción completamente ajena al pensamiento anglicano, y delata una falta de visión de la naturaleza esencial del concepto de Iglesia que proclama el Anglicanismo.

* Juego de palabras que se pierde en la traducción. "Parson" y "Person" tienen una pronunciación muy similar. —N. del T.

CAPITULO 3

EL ANGLICANISMO: SU VOCACION

Pasemos ahora a considerar la vocación particular de la Comunión Anglicana, la contribución que tiene que aportar a la vida de la Iglesia en su totalidad. Si hemos de ser leales y verdaderos anglicanos, debemos tener alguna especie de razón de ser, algunas convicciones sobre nuestra Iglesia y sobre la vocación a que hemos sido llamados dentro del Cuerpo de Cristo. Más especialmente, tenemos que preguntarnos cuál es la contribución que debemos ofrecer a esa Iglesia por la que todos suspiramos y oramos: "La Gran Iglesia Venidera".

Si el Espíritu Santo nos está llevando a todos juntos a una mejor comprensión de la Iglesia en su totalidad, ¿qué nos ha asignado Dios a los anglicanos como nuestra contribución especial?

Quiero sugerir la contribución que tenemos que aportar a la vida de la Iglesia bajo tres encabezamientos: Culto, Evangelización, y Episcopado.

Culto

En el *Report* de los Padres de Lambeth de 1958 hay una magnífica descripción de la naturaleza del culto cristiano. Los obispos dijeron: "Es en el culto a Dios, la fuerza secreta de la creación, donde pende toda actividad humana. Es sólo en la adoración donde toda la Iglesia puede aprender la voluntad de Dios y recibir sabiduría y poder para hacerla". Esta definición nos aparta de la idea estrecha de "ir a la Iglesia" y nos muestra que el culto está en el mismo corazón de la vida y la experiencia cristianas. Efectivamente, es verdad que el culto se remonta más

allá de la vida de la Iglesia hasta la actividad cotidiana del mundo. Si hemos de comprender la actividad del mundo que nos rodea, si hemos de conocer y cumplir la voluntad de Dios en nuestro tiempo y en nuestra generación, entonces nuestra comprensión y nuestro servicio encontrarán su verdadera inspiración en el culto.

Hay otra definición del culto hecha por William Temple: "El culto es el despertar de la conciencia por la santidad de Dios; la nutrición de la mente con la verdad de Dios; la purificación de la imaginación por la belleza de Dios; la apertura del corazón al amor de Dios; la entrega de la voluntad a los designios de Dios; y todo esto reunido en adoración: La emoción más desinteresada de que es capaz nuestra naturaleza". El culto no es meramente algo que hacemos en el templo, es el manantial de la vida misma.

La contribución anglicana particular al culto de la Iglesia cristiana está resumida en la inapreciable herencia de la Liturgia Anglicana en el Libro de Oración Común. Es el espíritu de este libro el que une a los anglicanos de muchos países y tradiciones dentro de la vida de la Comunión Anglicana. El Canónigo Wedel capta este tema en su libro: "Haría falta más erudición de la que poseo para explicar algunos de los enigmas que la historia del culto cristiano debe presentar al historiador de la Iglesia. ¿Por qué durante el éxodo protestante se perdió tan generalmente este tesoro? ¿Por qué fue la Iglesia Anglicana la única iglesia de la Reforma que escribió y vivió con un Libro de Oración Común? Habían hecho falta todos los siglos de la Iglesia Cristiana desde los Apóstoles para acumular este tesoro. La oración litúrgica no se produce en un día o en una generación. No basta el genio teológico. Ningún individuo, por muy dotado que esté, puede hacer más que contribuir en una pequeña porción. La Liturgia es posesión de la comunidad. Crece sólo en el suelo de una larga tradición, nutrida en ese suelo por miles y millones de corazones cristianos, levantados en plegaria común. Sólo un cuerpo que lleva el Espíritu puede crear culto litúrgico".

Prosigue para decir algo de lo que ha llegado a significar el culto litúrgico dentro de la vida de la Iglesia Anglicana y subraya que no dependemos de la inspiración del momento, sino que

tomamos las palabras santificadas que han encontrado su camino en los corazones de muchas generaciones. "Un mero visitante a una iglesia litúrgica difícilmente podrá comprender lo que estas palabras pueden significar para aquellos que las han tomado como su posesión más íntima. Tal visitante puede quedar asombrado de la forma en que el ministro "canturrea" la Liturgia: Y esto es una grave falta, podemos conceder, por parte del ministro. Pero el visitante también puede quedar sorprendido de cuán poco importa esto para los fieles de mente litúrgica. Esta es la oración *de ellos*, no del ministro. Es oración *común*".

En el culto anglicano podemos remontarnos más allá de las particulares cualidades espirituales de la persona que dirige el Oficio, porque estamos concentrados en algo que no es cuestión del momento presente, ni de un individuo en aquel momento, sino que es el tesoro de la liturgia cristiana acumulado en el curso de los siglos. Hemos visto en los capítulos anteriores que Cranmer pudo preservar para nosotros los grandes tesoros históricos de la liturgia católica. Wedel escribe: "La tradición litúrgica del período anterior a la Reforma fue una tradición empobrecida. Los reformadores rectamente vieron errores en ella, sin percatarse de que debajo de los muchos errores, había un tesoro heredado de la Iglesia Primitiva". Los reformadores continentales adoptaron una actitud mucho más radical y abandonaron completamente el pasado. Es Cranmer, el hombre con quien tenemos esta gran deuda, el que pudo ver el tesoro que estaba encerrado debajo del error. "Cranmer y sus colegas ingleses, por accidente de la historia, estaban equipados de la erudición litúrgica suficiente como para 'no echar al niño junto con el agua sucia', por emplear el refrán inglés. Fueron capaces de rescatar y reformar".

En el tiempo de la Reforma hubo una lamentable pérdida de este tesoro litúrgico para la vida de la Iglesia en su conjunto. Nosotros tuvimos la fortuna de rescatar parte de él, en realidad una gran proporción. El Canónigo Wedel prosigue diciendo:

"No obstante, no dejó de ser una grave pérdida; y es precisamente en la superación o compensación de esta pérdida, donde el Anglicanismo puede prestar una de sus contribuciones más valiosas al cristianismo ecuménico del futuro. Nosotros, los

miembros de las iglesias anglicanas, tenemos el mayor logro litúrgico de la Reforma: El Libro de Oración Común. Hemos vivido por él durante siglos y podemos dar testimonio de su valor imperecedero. Ha sido para nosotros un eslabón de paz y un estímulo para la justicia de la vida. Lo poco que sabemos de la doctrina de la Iglesia, tal como está encarnada en el Nuevo Testamento, lo debemos en gran parte al Libro de Oración Común. Aquí tenemos un eslabón común con el Catolicismo, en especial con el Catolicismo primitivo, que aparece maravilloso ante nuestros ojos. Es la causa de que estemos orgullosos de nuestra herencia católica y al mismo tiempo protestante".

Los anglicanos no están ligados por las misteriosas palabras incomprensibles de la misa latina, ni tampoco están entregados a una impredecible elocuencia del ministro que ardientemente busca inspiración. John Foster, un misionero metodista, dice de su propia tradición: "He quedado pasmado de los resultados del hecho de transferir algunas tradiciones cúllicas del ambiente que las produjo a una iglesia joven en un país no-cristiano. Ello ha conducido a horribles irreverencias cuando unas congregaciones toscas han sido conducidas a un culto 'libre': Ningún hábito inveterado de reverencia, ninguna impregnación en las devociones del Salterio, ningún conocimiento profundo de las Escrituras del Nuevo Testamento, ningún himnario digno que contribuya al lenguaje de la oración, ninguna disciplina de la experiencia de una liturgia. Con harta frecuencia el resultado es una reunión con un Presidente, un poco de oración de apertura —muy poco porque la gente pronto comienza a resoplar, y la parte principal todavía no ha comenzado— ruidosos himnos, preludio de un larguísimo sermón. . . Considerar eso como la herencia litúrgica propia, es hacer injusticia a nuestros antepasados espirituales". Hay una discusión metodista sobre las dificultades de transferir un orden "libre" de culto en una situación que no tiene tradición alguna de culto y disciplina cristiana.

¿No tenemos nosotros, en el Libro de Oración Común y en las riquezas litúrgicas del culto anglicano, una magnífica contribución que prestar a la vida de las iglesias jóvenes? Nuestro Libro de Oración Común ha sido traducido a muchísimas lenguas distintas. Remontándose al tiempo anterior a la Reforma, apor-

ta al arca del culto litúrgico todas las riquezas de los tiempos anteriores a la Reforma. Purificado, purgado, limpiado, sigue siendo todavía el culto católico de la Iglesia histórica en el curso de los siglos.

No queremos ni por un momento decir que el Libro de Oración Común sea la última palabra; hay en él cosas que nos gustaría cambiar y que esperamos cambiarán con el tiempo. Ciertamente que han sido desarrolladas, por ejemplo en el sur de la India, liturgias que son la envidia de todos nosotros. No solamente han preservado toda la gran herencia de la devoción y el culto católicos, sino que los han enriquecido con la investigación litúrgica moderna y con las características particulares de la fe cristiana que surgen de la vida de una iglesia indígena.

El *Report* sobre liturgia y el Libro de Oración Común de la Conferencia de Lambeth de 1958 cita algunas palabras del Dr. Hebert, que dice: "El sacrificio eucarístico, ese torbellino de la controversia, está encontrando en nuestros días una expresión verdaderamente evangélica del bando católico, cuando se insiste en que la acción sacrificial no es ningún género de re-inmolación de Cristo, ni un sacrificio adicional a su único sacrificio, sino una participación en él". Hay un crecimiento conjunto de la vida de nuestra Iglesia, tanto por el lado católico como evangélico; un redescubrimiento de la verdadera naturaleza de nuestra liturgia y una nueva comprensión de cuestiones que, hasta años recientes, han sido puntos de acerba controversia entre "partidos" en la Iglesia Anglicana. Y así ocurre que, a través de la agnía y la tensión dentro del Anglicanismo, son experimentadas de nuevo las maravillas de nuestra herencia litúrgica. Ninguna otra Iglesia en la Cristiandad tiene para contribuir tantas riquezas como las que, por la misericordia y bondad de Dios, han sido preservadas en las Iglesias Anglicanas.

Evangelización

¿Por qué decimos que la Iglesia Anglicana tiene algo que ofrecer a la Iglesia Universal en esta esfera de evangelización? ¿Hay alguna característica particular en este respecto que poda-

mos ofrecer? Creo que la hay. Permítaseme en primer lugar ofrecer la definición de la evangelización que fue propuesta por Lambeth: "Evangelizar es ir al encuentro. Es confrontar a una persona con la Persona de Jesucristo. El resultado de tal encuentro no puede ser previsto. Puede resultar en la aceptación o la repudiación de la Persona y las pretensiones de Cristo. Mas no puede decirse que la evangelización haya tenido lugar sin tal confrontación. Es el objeto de la Iglesia en su tarea evangelizadora presentar a Cristo al mundo, de tal suerte que Su pureza rependa el pecado del hombre, Su poder pueda arrancarle un grito de auxilio, Su amor atraer su plena respuesta en adoración y servicio". El *Report* sigue citando las palabras de San Agustín: "El predicador debería cumplir su tarea de tal manera que enseñe, atraiga, haga volver. Es decir, el evangelizador apunta a la conversión de todo hombre al discipulado de Cristo, y al culto y servicio en Su Iglesia". Enseña, atrae, convierte; observemos cómo esto abarca la vida entera del hombre. La mente debe ser enseñada, las emociones atraídas, y la voluntad movida: Este es el significado esencial de la evangelización.

Los evangélicos (que con frecuencia consideran que tienen la prerrogativa en la Iglesia Anglicana cuando se habla de evangelización), a veces corren el riesgo de adoptar una actitud que está en contradicción con el carácter anglicano. Con frecuencia nuestros métodos de evangelización contradicen lo que enseñamos o deberíamos enseñar. Por ejemplo: ¿Qué significa realmente el bautismo de infantes para nosotros como anglicanos? Gran parte de nuestra llamada al bautizado no practicante contradice lo que nuestra Iglesia enseña sobre el bautismo. Nuestra actitud hacia el evangelismo con frecuencia mete en el mismo saco a bautizados y no bautizados y convierte al sacramento en una sinrazón. Hay un libro que podríamos recomendar con mayor energía, escrito por Douglas Webster (teólogo y misionero de la CMS)* con el título de *What is Evangelism?* ("¿Qué es Evangelismo?"). "El Evangelio es siempre el mismo", escribe, "pero la actitud evangélica no puede ser la misma hacia bautizados y cristianos nominales que hacia un no-cristiano confeso.

* CMS: Church Missionary Society (Sociedad Misionera de la Iglesia). N. del T.

Con frecuencia los que evangelizan se dirigen a los bautizados precisamente en los mismos términos que a los no-bautizados, no prestando la más ligera consideración al hecho del bautismo en una persona. Y esto no debe ser así.

Si el bautismo significa lo que el Nuevo Testamento dice, y lo que la Iglesia de Inglaterra en su Libro de Oración Común y sus Artículos acepta, entonces el bautizado —aun cuando muestre algunos pocos signos visibles de fe— no puede ser tratado exactamente como el no-cristiano. Por virtud del bautismo algo ha ocurrido que no ha sucedido al no bautizado. Sacramentalmente, Dios mismo ha hecho algo para él y en él. Negar esto es negar toda la teología de la gracia, subvertir la naturaleza de los sacramentos y vender el pase. . . La vida cristiana comienza con el bautismo. . . Demandar cualquier otro nuevo comienzo decisivo, es negar la realidad de la gracia de Dios. A lo que el individuo es llamado, es a reconocer la realidad de lo que Dios ha hecho ya en él, y a tomarla en serio. . . Pues la Iglesia de Inglaterra está comprometida con una doctrina católica del bautismo y una doctrina protestante de la justificación por la fe”.

Quizás suponemos con frecuencia que estas dos cosas son contradictorias, mientras que todo el carácter y el ethos de la Iglesia Anglicana declaran que son complementarios. “Gran parte de nuestra confusión presente”, escribe Douglas Webster, “surge del hecho de que desde el ‘revival’ evangélico en el siglo XVIII, las palabras conversión y regeneración han sido tratadas casi como sinónimas y ambas han sido empleadas con frecuencia en un sentido no-bíblico. . . De la misma manera que el nacimiento físico es inconsciente y personalmente no nos damos cuenta de que ocurra, no es completamente irrazonable suponer que la regeneración espiritual puede ser también inconsciente: Una cosa muy distinta de la conversión, que es una vuelta consciente a Dios. Seremos librados, pues, de gran parte de la confusión, si reconocemos que la regeneración y la conversión no son la misma cosa y no tienen por qué ocurrir en el mismo momento”.

Podéis recordar las palabras del Oficio del Bautismo; cuando el niño es devuelto a los padrinos, el ministro dice: “Visto pues. . . que este niño está regenerado e injertado en el cuerpo de la Iglesia de Cristo, a Dios. . .”. O bien los reformadores, re-

formaron todos los demás oficios en el Libro de Oración Común, y olvidaron el Oficio de Bautismo, o realmente pusieron estas palabras adrede. O hemos de aceptar la doctrina anglicana sobre el bautismo o no debemos seguir siendo anglicanos. ¿No podíamos tener la confianza suficiente en los reformadores para sentir que lo que hicieron fue realmente lo que pretendieron hacer, que cuanto pusieron en el Libro de Oración Común fue lo que lo que deseaban poner? La evangelización anglicana se encuentra a sus anchas en una sociedad nominalmente cristiana. En cierto sentido tenemos que proponernos la tarea de la evangelización de los bautizados y llamarlos a “convertirse en lo que son”. Hechos miembros de Cristo en nuestro bautismo, somos considerados justos y aceptables a Dios. La labor de vivir una vida cristiana es el proceso de convertirse, en la experiencia actual de la vida diaria, en lo que ya consideramos que somos por la bondad y la gracia de Dios. Siempre debemos estar preocupados por “llegar a ser lo que somos”. Douglas Webster lo resume de esta forma: “No hay necesidad alguna de diluir la doctrina del bautismo para hacer sitio a la necesidad de la conversión, ni de evadir la necesidad de la conversión porque uno tenga una sólida teología sobre el bautismo”.

Hay un lugar evidente para el tipo popular de misión evangelizadora, que puede hacer mucho para estimular a los fieles y afilar el borde del testimonio de la Iglesia; pero el genio particular de la actitud anglicana hacia la evangelización, se encuentra en la nutrición cristiana de los bautizados. Edificar esa “voluntad resuelta a la santidad, basada más en la dirección de la voluntad que en la agitación de las emociones”, es —como ya hemos observado— una característica de la auténtica manera de ser anglicana.

Episcopado

¿Qué otra contribución tiene que prestar la Iglesia Anglicana a la Iglesia Universal y a la causa de la unidad en particular?

“Las Iglesias Anglicanas”, ha escrito Stephen Neill, “han sido las primeras en el mundo en considerar sobria y seriamente la posibilidad de su propia desaparición”. Suspiramos por el día

en que la Iglesia Anglicana ya no exista; el día en que se habrá perdido en la catolicidad más amplia, más plena de la Iglesia, a la que habrá aportado su contribución en toda su plenitud, pero a la que también se habrá añadido la plenitud de la tradición de otras iglesias. Hemos pensado en algunas de las características del Anglicanismo y en nuestra contribución a la vida de la Iglesia en su totalidad, pero quizás la posesión más significativa sea ese eslabón católico preservado para nosotros en la continuidad histórica del ministerio de la Iglesia.

La Iglesia Anglicana es católica y reformada a la vez; reteniendo su eslabón con la antigua Iglesia Católica de los tiempos anteriores a la Reforma, está también firmemente enraizada en la verdadera tradición reformadora. Ha hecho de la autoridad de la Biblia el punto central de toda su vida, sus formularios, su práctica y su doctrina, y también tiene un ministerio y una litúrgica católicos, que se remontan a los padres primitivos de la Iglesia Apostólica. Una gran contribución que las Iglesias Anglicanas pueden prestar a la gran Iglesia unida del futuro, es el episcopado histórico. Fue William Temple, el gran profeta de la re-unión, el que representó un papel tan grande en la formación del Consejo Ecuménico de Iglesias, quien en la víspera de su muerte, habiéndose consumido en esta misma causa, escribió estas palabras sobre la continuidad del orden eclesiástico episcopal: "En esta continuidad tenemos un símbolo efectivo de esa eternidad en medio del tiempo, que es el milagro de la incarnación y la maravilla familiar de la Iglesia Cristiana".

Para muchos anglicanos el episcopado es parte del Evangelio. No se trata meramente de una cuestión de forma y administración externas, sino parte de ese cuerpo de verdad encomendado a la Iglesia. "Aquí tenemos algo", dijo William Temple, "demasiado precioso para dejarlo escapar: Esa cadena de imposición de manos por la cual, como el Obispo Gore se regocijaba en decir, 'las generaciones están juntas en una sola'. En todas nuestras aspiraciones hacia la unidad cristiana, esto debe ser mantenido con firmeza". La Conferencia de Lambeth de 1948 dijo esto: "La aceptación del episcopado como parte de la vida de la Iglesia y de la ordenación episcopal como la norma de la Iglesia, es prerrequisito para la formación de una iglesia unida con par-

ticipación anglicana, o para el establecimiento de normas para la intercomunión". Con frecuencia esto parece poner la soga al cuello de los demás, pero aquí tenemos un gran tesoro que en la providencia de Dios hemos podido preservar, y que jamás debemos negar si hemos de ser fieles a Su dirección y ofrecer lo que El nos ha dado, a la Iglesia Unida del futuro.

"El orden eclesiástico episcopal, a pesar de irregularidades", dice el Canónigo Wedel, "puede blasonar de haber mantenido la unidad de la Iglesia histórica como ninguna otra forma de orden eclesiástico. . . El Obispo era el guardián de la tradición apostólica de la verdad del Evangelio. Era el centro personalizado de la comunidad de la fe: Una fe que se remontaba al depósito evangélico. Era un protector de su redil contra la herejía". Aquí esta la función primitiva del episcopado. Quizás la aversión que muchos de nuestros hermanos de las Iglesias Libres sienten por el episcopado, se deba al hecho de que realmente hayamos perdido su significado nosotros mismos. Hemos creado una imagen del episcopado que tarda en morir en las mentes de nuestros hermanos cristianos. Hemos presentado este oficio sagrado en términos de riqueza y poder en vez de servicio. Hemos convertido al principal pastor del redil en un administrador eclesiástico que deriva su autoridad de una sucesión mecánica. Hemos llevado a otros a pensar en el episcopado sólo en términos de la teoría de la sucesión apostólica, que es, por supuesto, la doctrina esencialmente romana del ministerio.

"Cuando esta teoría se sostiene", escribe el Canónigo Wedel, "los sacramentos se hacen depender para su eficacia solamente del ministerio: Una gracia que queda en peligro si ocurre la más mínima falta en la genealogía de la sucesión sacerdotal. De aquí que el problema de la validez adquiera unas proporciones gigantescas. Un lapso en la validez técnica significa la pérdida del Espíritu vivificador sobre el cual depende la existencia misma de la Iglesia. Si no hay obispo válido, no hay sacerdote válido; si no hay sacerdote válido, no hay eucaristía válida, ningún Cuerpo de Cristo. . . La rebelión del reformador puede ser un aviso a cualquier teoría de la sucesión de que un mero árbol genealógico impecable es prueba de que el ministerio es un ministerio válido. El ministerio debe ser apostólico en su función.

Debe preservar la verdad apostólica. . . Si una doctrina del orden eclesiástico episcopal no puede liberarse de este dogma de una sucesión apostólica y sacerdocio vicarios, su repudio por parte de las iglesias evangélicas está ordenado de antemano. Un protestantismo bíblico jamás aceptará esta teoría del ministerio". Como anglicanos debemos tener sumo cuidado de que cuando ofrezcamos el episcopado a la Iglesia Universal, a la Iglesia unida del futuro, estemos ofreciendo algo que entendemos cómo y sabemos qué es la función primitiva del episcopado dentro de la vida de la comunidad cristiana.

Los anglicanos estamos preocupados en barrer nuestra casa y ponerla en orden, y anhelamos las oraciones de nuestros hermanos de otras tradiciones; pero que no nos pidan la destrucción de lo que sólo necesita una renovación. Mantenemos este eslabón sin romper con aquellos cristianos que llegaron a las costas de Inglaterra y llevamos en custodia lo que Dios nos ha encomendado.

El Canónigo Wedel escribe: "El episcopado histórico, si es aceptado, podría simbolizar la unidad y la continuidad. Así fue una vez antes de la edad. . . del cisma. . . y de la lucha. Humillado en su orgullo, sometiéndose una vez más a la doctrina apostólica y al Espíritu Santo corporativo, sirviendo en lugar de gobernar, el episcopado histórico puede volver a ser el órgano que testifique ante el mundo que existe en el tiempo y en el espacio un pueblo de Dios: Una Iglesia santa, católica y apostólica".

Esta es, pues, la vocación de las Iglesias Anglicanas. Nos aferramos a lo que tenemos, sólo para que pueda ser preservado y otros puedan disfrutarlo.

Stephen Neill ha dicho: "Las Iglesias Anglicanas han sido las primeras en el mundo en considerar seria y sobriamente su propia desaparición". Permítaseme citar una vez más las declaraciones de los obispos reunidos en Lambeth en 1948: "Aquí deseamos presentar ante nuestro pueblo una visión de lo que, si es la voluntad de Dios, puede llegar a ocurrir. Como Anglicanos creemos que Dios nos ha confiado en nuestra Comunión no sólo la fe católica, sino un servicio especial que prestar a toda la Iglesia. La reunión de cualquier parte de nuestra Comunión con otras denominaciones en su propia área debe hacer que la Iglesia

resultante no sea ya simplemente anglicana, sino algo más comprensivo. Debería haber en cada país donde ahora existe la Iglesia Anglicana y otras separadas de ella, una Iglesia unida católica y evangélica. Tal Iglesia unida no sería ya anglicana en el sentido limitador de la palabra, mas seguiría siendo anglicana por cuanto la Iglesia unida aceptaría e incorporaría y expresaría todo cuanto las Iglesias Anglicanas mantienen como esencial tanto en la verdad como en el orden cristianos. Menos de esto, la formación de una Iglesia unida significaría empobrecimiento y no enriquecimiento para todos los interesados. . .

Nos conviene tener esta visión ante nuestros ojos, pero aún estamos lejos de su consecución; y hasta que esta comunión más amplia comience a adoptar una forma más fija y precisa, sería sólo debilitar la presente fuerza y servicio de la Comunión Anglicana, el que algunas de sus partes quedaran cercenadas de ella prematuramente. Si somos lentos en avanzar por la causa más grande, ello será una traición a lo que creemos que constituye nuestra vocación especial. Pero sería igualmente una traición a nuestra confianza en Dios, si permitiéramos que nuestra Comunión Anglicana se dispersara antes de haber llegado su momento propicio y hubiera cumplido su misión. . . Parece evidente que la Comunión Anglicana debe continuar por algún tiempo, puesto que Dios aún tiene para ella una misión en la separación, con vistas a esa bendita unión de todo el pueblo cristiano, que todas las Iglesias Anglicanas firmemente creen ser la voluntad de Dios, para la Iglesia que es el Cuerpo de Su Hijo".

Creo que no podríamos terminar con una nota mejor que esa. Aquí está el dilema: El conflicto constante que experimentamos, la tensión que debemos soportar siempre si hemos de ser verdaderos anglicanos. Suspirando por el día en que ya no seamos una iglesia y resueltos a no morir hasta que hayamos dado cuanto tenemos a la Iglesia, "la bendita compañía de todo el pueblo fiel".